

NARRACION TERCERA

## NARRACION TERCERA <sup>1</sup>

HOMO HOMUNCULUS.

---

QUÆRENS. — Os he escuchado con interés, ¡ oh Lumen ! pero, lo confieso, no estoy completamente convencido de que todo lo que me acabais de referir sea una realidad. Es cierto que es muy difícil creer que se puedan ver de este modo directo todas las cosas ; cuando hay nubes, por ejemplo, no podeis ver al través de ellas lo que sucede en la superficie de la Tierra : lo mismo sucede en el interior de las moradas.

LUMEN. — Desengañaos, amigo mio, las ondulaciones del éter atraviesan obstáculos que podríais tener por insuperables. Las nubes están formadas de moléculas entre las cuales un rayo de luz puede pasar con frecuencia ; en el caso contrario, hay aquí y allá intersticios á través de los cuales se puede ver oblicuamente : es rara la imposibilidad de poder distinguir algo. Si es esta

<sup>1</sup> Escrita en 1867.



vuestra última objecion, es preciso confesar que es muy difícil de rebatir.

QUERENS. — Teneis un modo particular de resolver todas estas dificultades; y tal vez sea esto un privilegio de los seres espirituales. Me ha sido preciso suponer sucesivamente que habeis sido trasportado á Capella con una velocidad mayor que la de la luz; que llegasteis á un mundo sin encarnaros en él; que vuestra alma permanece emancipada de todo envolvente corpóreo; que vuestros ojos ultra-terrestres son bastante potentes para distinguir desde arriba lo que aquí acontece; que podeis avanzar y retroceder en el espacio á vuestro antojo; y por último que las mismas nubes no se oponen á que podais distinguir la superficie de nuestro globo. Preciso es que convengais en que todo esto es ya mucho conceder.

LUMEN. — ¡Qué terrenal sois aun! mi buen amigo, y como os sorprenderiais si tratase ahora de probaros que todas esas dificultades no lo son en realidad, y que todas las que se oponen aun á que concibais el fenómeno son efecto únicamente de vuestra ignorancia natal!... ¿Qué pensaríais si os dijese que no existe hombre alguno que tenga ni siquiera idea de lo que sucede en la Tierra y que ninguno comprende la naturaleza?

QUERENS. — En nombre de las indiscutibles verdades de la ciencia moderna, llegaria á creer que quereis imponerme vuestras ideas.

LUMEN. — ¡No lo permita Dios! Escuchadme, amigo mio. Los maravillosos descubrimientos de la ciencia contemporánea deben ensanchar la esfera de vuestras concepciones. ¡Acabais de descubrir el análisis espectral! Por el metódico examen de un modesto rayo de luz procedente de lejana estrella, analizais los elementos que constituyen esta estrella inaccesible que mantienen sus fulgores. Esto es, tierno hermano mio espiritual, un acontecimiento mas asombroso por si solo que todas las conquistas de los Alejandro, Césares y Napoleones, que todos los descubrimientos de los Ptolomeos, Colones y Guttembergs, que todas las biblias de los Moisés, Confucios y Jesuses. ¡Cómo! Trillones de leguas miden el abismo que os separa de Siro, Arcturo, Vega, Capella, Castor y Polux, y analizais las sustancias que constituyen estos selos, como si pudierais cogerlos con la mano y someterlos al crisol del laboratorio! ¿Cómo, pues, os resistís á creer que, por procedimientos que os son desconocidos, la vista del alma puede abarcar por si misma el aspecto luminoso de un mundo lejano y distinguir tambien sus menores detalles?



¡Cómo! El telégrafo lleva en un instante imperceptible vuestro pensamiento de Europa á América atravesando los abismos del Océano; dos interlocutores hablan en voz baja á millares de leguas de distancia, ¿y no sois capaz de admitir lo que os digo porque no lo comprendéis aun del todo? Pero comprendéis por ventura *¿de qué manera* el parte telegráfico vuela y llega á su destino? No, verdad. Pues entónces dejad esas dudas que no tienen ni siquiera el valor de ser científicas.

QUÆRENS. — Mis objeciones, sabio maestro, no tienen mas objeto que el de traer nueva luz á mi razon. Estoy léjos de negar la realidad de lo que quereis hacerme conocer, y deseo ante todo darme de ello una idea exacta y racional.

LUMEN. — No vayais á creer, amigo mio, que esto me incomoda en lo mas minimo, y para ensanchar á mis anchas las esferas de vuestras concepciones, puedo en este mismo instante abrir los ojos y haceros ver la insuficiencia de vuestras facultades terrenales y la fatal pobreza de la misma ciencia positiva, invitándoos á que reflexionéis que las causas de nuestras impresiones son únicamente modos del movimiento, y que lo que se llama orgullosamente la *ciencia* no es mas

que una *percepcion orgánica muy limitada*. La luz por la que nuestros ojos ven, el sonido por el cual nuestros oidos oyen; el olor, el sabor, etc., son diferentes modos de movimiento que os impresionan. No podeis apreciar mas que algunos de entre ellos, por los sentidos que habeis recibido, principalmente por la vista y el oido. ¿Creéis cándidamente ver y oir la naturaleza? Pues no es así: recibis algunos de los movimientos en ejercicio en vuestro átomo sublunar. Hé aquí todo. Fuera de las impresiones que percibís, hay una infinidad que no podeis percibir.

QUÆRENS. — Dispensadme, maestro. Pero este nuevo espacio de la naturaleza no me parece bastante claro para que pueda yo comprenderlo bien. Si quisierais.....

LUMEN. — El aspecto es nuevo y os llama la atencion; pero una atenta reflexion os lo hará comprender pronto. El sonido se forma por vibraciones que ejecutándose en el aire, vienen á herir la membrana de vuestro tímpano y os dan la impresion de diversos tonos. El hombre no oye todos los sonidos. Cuando las vibraciones son demasiado lentas (ménos de 40 por segundo), el sonido es muy bajo: vuestro oido no lo oye. Cuando son demasiado rápidas (mas de 36,850 por segundo),



el sonido es demasiado agudo; vuestro oído no lo puede ya apreciar. Fuera de estos dos límites de organismo humano, existen algunos sonidos que pueden oír otros seres, como por ejemplo, los insectos. Los mismos razonamientos se aplican á la luz. Los diferentes aspectos de esta, los matices y los colores de los objetos se deben igualmente á vibraciones que vienen á herir vuestro nervio óptico y á daros la impresión de las diferentes intensidades de la luz. El hombre no vé todo lo que es visible. Cuando las vibraciones son demasiado lentas (menores de 438 trillones por segundo), la luz es demasiado débil: nuestra vista no la vé ya. Cuando las vibraciones son demasiado rápidas (superiores á 727 trillones por segundo), la luz sobrepasa entonces vuestra facultad orgánica de percepción y se hace ya imposible que podáis verla. Sobre los límites indicados existen todavía colores que otros seres pueden ver. No conocéis pues, y no podéis conocer mas que las impresiones que pueden hacer vibrar las dos cuerdas de nuestra lira orgánica, que se llaman el nervio óptico y el nervio auditivo.

Reflexionad un momento sobre la extensión de las cosas que no podéis percibir. Todos los movimientos ondulatorios que existen en el uni-

verso comprendidos entre las cifras 36,850 y 438,000,000,000,000 en la misma unidad de tiempo, no pueden ser ni vistos ni oídos por vuestros sentidos y pasan fatalmente inadvertidos para vosotros. ¡Tratad de medir esta escala! La ciencia moderna comienza á penetrar algo, muy poco, en este mundo invisible y sabéis que acaba de medir las vibraciones inferiores á 438 trillones (son rayos caloríficos invisibles) y las que exceden de 727 trillones (son rayos químicos igualmente invisibles). Pero los métodos científicos no pueden extender sino muy poco la esfera de la percepción directa, ni ir nunca mas allá. — Estais aislado en medio del infinito.

Hay mas aun. Existen infinitas vibraciones en la naturaleza, las cuales *no hallándose en correspondencia* con vuestra organización y no pudiendo pues recibirlas, *quedarán siempre ignoradas para vuestros sentidos*. Si tuvierais otras cuerdas en vuestra lira, diez, ciento, mil... la armonía de la naturaleza se traduciría mas completamente haciéndolas vibrar á todas, cada una en su tono; percibiríais muchos hechos que tienen lugar alrededor vuestro, cuya existencia ni sospechais siquiera, y en lugar de dos notas dominantes, podríais formaros una idea del conjunto del con-



cierto; pero vuestra pobreza es grande; mayor de lo que creéis, y os es imposible compararla á la riqueza de ciertos seres superiores á los habitantes de la Tierra.

Los sentidos que poseéis bastan para iniciaros en la existencia posible de otros sentidos, no tan solo mas potentes, sino de especie completamente distinta. Por el sentido del tacto, por ejemplo, podeis ciertamente conocer la sensacion del calor; pero es fácil concebir la existencia de un sentido especial, análogo al que por medio de la luz os dá el aspecto de los objetos exteriores, y que haga al hombre capaz de juzgar de la figura, de la sustancia, de la estructura interna y de las demás cualidades de un objeto por la accion de las ondas calorificas que emanan de él. El mismo razonamiento podria aplicarse con motivo de la electricidad. Podeis concebir de la misma manera la existencia de un sentido que siendo, por ejemplo, al ojo lo que el espectróscopo es al telescopio, diese el conocimiento de los elementos constitutivos de los cuerpos. Segun esto, desde el punto de vista científico, teneis ya las bases suficientes para imaginar modos de percepcion completamente distintos de los que caracterizan á la humanidad terrestre. Estos sentidos existen en otros mundos,

y hay una infinidad de maneras de percibir la accion de las fuerzas de la naturaleza.

QUÆRENS.—Confieso, maestro, que una luz nueva y particular acaba de penetrar en mi inteligencia y que vuestra enseñanza me parece una interpretacion verdadera de la realidad. Habia ya pensado en la posibilidad de semejantes cosas; pero jamás habia podido adivinarlas, envuelto como me hallo aun en los sentidos terrestres. En verdad que es preciso hallarse fuera de nuestro círculo para juzgar con acierto del conjunto. No hallándonos, pues, dotados sino de algunos sentidos limitados, no podemos conocer mas que los hechos que sean accesible á su percepcion. Lo demás naturalmente se ignora por completo. ¿Es mucho lo que queda, comparado con lo que sabemos?

LUMEN.—Lo que queda es inmenso y lo que sabeis es casi nada. No tan solo vuestros sentidos no perciben los movimientos físicos que, como la electricidad solar y terrestre cuyos efluvios se cruzan en la atmósfera, el magnetismo de los minerales, de las plantas y de los seres, las afinidades de los organismos, etc., os son invisibles; pero perciben aun ménos los movimientos del mundo moral, las simpatías, y antipatías, los sentimientos, las atracciones espirituales, etc. Os lo



digo en verdad : lo que sabeis y todo lo que podeis conocer con vuestros sentidos terrenales es nada al lado de lo que existe. Es tan profunda esta verdad, que podria suceder muy bien que existiesen seres en la Tierra, seres esencialmente diferentes de vosotros, que no tuvieran ni ojos ni oídos, ni ninguno de vuestros sentidos, pero que tuvieran otros capaces de percibir lo que no se os alcanza, y que vivieran en vuestro mismo mundo, conociendo lo que no podeis conocer y formándose de la naturaleza una idea muy distinta de la que os formais.

QUERENS. — Esto ahora es completamente superior á mi razon.

LUMEN. — Mas aun, terrenal amigo mio, puedo añadir os con toda franqueza que las percepciones que recibis y que constituyen las fases de nuestra ciencia, no son ni siquiera percepciones de la *realidad*. No. Luces, resplandores, colores, aspectos, tonos, ruidos, armonias, sonidos diversos, aromas, sabores, cualidades aparentes de los cuerpos, etc., no son otra cosa mas que *formas*. Estas formas entran en nuestro pensamiento por la puerta de los ojos y de los oídos, del olfato y del gusto, y os representan apariencias, pero no la esencia misma de las cosas...

*La realidad escapa á vuestra inteligencia y sois completamente incapaz de comprender el universo...* Pero reconozco por la turbacion intima de vuestro encéfalo y por las agitaciones fluidicas que atraviesan vuestros lóbulos cerebrales que ya no comprendeis nada absolutamente de mis revelaciones. No proseguiré mas, pues, en esta materia, cuyo motivo solo tenia por objeto haceros ver cuán profundo seria vuestro error si dierais gran importancia á las dificultades que os pueda oponer vuestra sensacion terrestre, y daros á conocer que ni vos, ni ningun hombre en la Tierra puede formarse ni una idea aproximada siquiera de la realidad del universo. El hombre terrestre no es mas que un homúnculo.

Ah! si conocierais los organismos que vibran en Júpiter y en Urano, y si pudiérais apreciar los sentidos en accion en Vénus y en el anillo de Saturno, si el viaje de algunos siglos os hubiera permitido observar, aun cuando fuera de pasada, las formas de la vida en los sistemas de estrellas, las sensaciones de la vista en los soles de colores, las impresiones de un sentido eléctrico que no conoceis en los grupos de soles múltiples; si una comparacion ultra-terrestre, en una palabra, os hubiese suministrado los elementos de un nuevo



conocimiento, comprenderiais como seres vivientes puedan ver, oír, sentir, ó por mejor decir, conocer la naturaleza, sin ojos, sin oídos, sin olfato; que existe en la naturaleza un número indeterminado de otros sentidos, los cuales son esencialmente distintos de los vuestros, y que hay en la creación un número incalculable de hechos maravillosos cuya existencia ni remotamente podeis sospechar. En esta contemplación general del universo, amigo mío, se vé la solidaridad que reúne al mundo físico con el espiritual; se vé á mas altura la fuerza íntima que eleva á ciertas almas probadas por las asperezas de la materia, pero purificadas por el sacrificio, hácia las solemnes regiones de la luz espiritual; y se comprende que inmensa felicidad está reservada á esos seres que, en la Tierra misma, llegaron á emanciparse progresivamente de las pasiones corporales.

QUERENS. — Volviendo á la trasmisión de la luz en el espacio, ¿no se pierde á lo último esta luz? ¿el aspecto de la Tierra permanece eternamente visible y no se atenúa, por el contrario, en razón de lo cuadrado de la distancia para anonadarse á cierto límite?

LUMEN. — Esa expresión vuestra « á lo último »

no tiene aplicación, atendiendo á que no hay último en el espacio. La luz se debilita es cierto con la distancia, los aspectos se hacen ménos intensos, pero nada se pierde por completo. La Tierra no es visible á todas las miradas á cierta distancia; pero su aspecto existe aun cuando no le veamos, y miradas espirituales pueden distinguirla. Además, la imagen de un astro, llevada en alas de la luz, se aleja á veces á insondables profundidades en los oscuros desiertos del vacío. Existen en el espacio vastas regiones sin estrellas, países diezados por el tiempo, de donde se alejaron sucesivamente los mundos por la atracción de focos exteriores. Según esto, la imagen de un astro, al atravesar estos negros abismos se encuentra en una condición análoga á la imagen de una persona ó de un objeto que el fotógrafo ha reflejado en su *cámara oscura*. No es imposible que estas imágenes encuentren en esos vastos espacios un astro oscuro (la mecánica celeste ha demostrado la existencia de muchos de ellos), de particulares condiciones, cuya superficie (formada de iodo tal vez, si hemos de atenernos al análisis espectral), se sensibilizaria y se haria capaz de fijar en sí misma la imagen del mundo lejano. De este modo vendrian á pintarse los acontecimientos terrestres



en un globo oscuro; y si este globo gira sobre sí mismo, como los demás cuerpos celestes, presentará sucesivamente sus diferentes zonas á la imágen terrestre y tomará de esta suerte la fotografía continua de los acontecimientos sucesivos. Además, al bajar ó al subir siguiendo una línea perpendicular á su ecuador, la línea en que las imágenes se reprodujeron, describiría no un círculo, sino una espiral, y las nuevas imágenes no coincidirían con las antiguas y por lo tanto no se superpondrían unas á otras, sino que se seguirían arriba ó abajo. La imaginación podría suponer ahora que este mundo no es esférico, sino cilíndrico, y ver así en el espacio una columna imperecedera en la que se irían grabando y se enroscarian por sí mismos los grandes acontecimientos de la historia terrestre... No he visto yo esta realización; hace tan poco que dejé la Tierra que apenas he tenido tiempo de vislumbrar si este hecho no se ha realizado en la riqueza infinita de las creaciones astrales.

QUÆRENS. — Si el rayo que sale de la Tierra no es destruido nunca, maestro ¿nuestros actos son pues eternos?

LUMEN. — Lo habeis dicho. Un hecho consumado no puede borrarse ya, y ningún poder puede

hacer que ya no exista. Se comete un crimen en medio de una campiña desierta. El criminal se aleja, queda desconocido y supone que el acto que acaba de ejecutar ha pasado para siempre. Se lavó las manos, se arrepintió y cree ya borrada su acción. Pero en realidad nada se ha destruido. En el momento en que el acto se verificó, la luz se apoderó de él y con la velocidad del rayo los trasportó al cielo. Se incorporó á un rayo de luz: eterno, se transmitirá eternamente en el infinito...

Se ejecuta una buena acción en silencio; el bienhechor la mantiene oculta: la luz se apoderó de ella también y lejos de estar olvidada, subsistirá siempre.

Napoleon, para satisfacer su ambición personal, causó á sabiendas la muerte de cinco millones de hombres, de treinta años de edad por término medio, y á quienes quedaban por lo tanto unos treinta y siete años mas que vivir aun, segun el cálculo de probabilidades y leyes de la vida. Son pues ciento ochenta y cinco millones de años los que destruyó. Su castigo, su expiación, es el ser arrebatado por el rayo de luz que partió de las llanuras de Waterloo el 18 de junio de 1815, alejarse en el espacio con la misma velocidad de la luz, tener constantemente á la vista el instante



crítico en que vió derrumbarse para siempre el andamiage de su vanidad, experimentar sin tregua el dolor de la misma desesperacion y permanecer unido á ese rayo de luz durante los ciento ochenta y cinco millones de años destruidos de los cuales es responsable. Al obrar así, en vez de cumplir dignamente su mision, retardó por todo el tiempo indicado su progreso en la vida espiritual. ¿Y si os fuese dado entrever lo que sucede en el órden moral tan claro como entreveis ahora lo que sucede en el órden físico, veriais vibraciones y trasmisiones de otra naturaleza, que fijan en los arcanos del mundo espiritual las acciones y aun los pensamientos mas secretos.

QUÆRENS. — Vuestras revelaciones son espantosas, Lumen. De este modo nuestros eternos destinos están intimamente ligados con la misma construccion del universo. Á veces he pensado en el problema especulativo de la comunicacion posible entre los mundos por medio de la luz. Muchos físicos han supuesto que tal vez llegue el dia en que se establezca una comunicacion entre la Tierra y la Luna y tal vez los planetas, por medio de signos luminosos. Pero si se pudiesen hacer señales de la Tierra á una estrella cuya luz tarde por ejemplo cien años en llegar hasta nos-

otros, la señal de la Tierra no llegaria aqui sino despues de trascurrido dicho tiempo y la respuesta no llegaria aqui sino despues de otro periodo igual. Pasarian pues dos siglos entre la pregunta y la respuesta. Haria mucho tiempo que el observador terrestre habria muerto cuando su señal llegase al observador sideral. Y este sin duda habria sufrido la misma suerte cuando se recibiera su contestacion!

LUMEN. — Seria esto, en efecto, una conversacion entre vivos y muertos.

QUÆRENS. — Me permitireis, maestro, que os haga una pregunta un poco indiscreta... la última, pues veo que Vénus palidece y siento que vuestra voz vá á cesar de dejarse oír?

Si las acciones están de tal modo visibles en las regiones etéreas podremos ver despues de nuestra muerte no tan solo nuestros propios actos, sino tambien los de los demás; me refiero á aquellos que nos interesen.

Por ejemplo, una pareja de almas gemelas y siempre unidas gozará viendo durante mil años las dulces horas pasadas juntamente en la Tierra; se alejarán en el espacio con una velocidad igual á la de la luz, para tener siempre á la vista la misma hora de felicidad. Por el contrario, un ma-



rído seguirá con interés la vida entera de su compañera, y en el caso de que algún incidente inesperado se manifestara, podría examinar con detención detalles que le serían penosos... Hasta podría, si su compañera desincarnada residiese en algunas regiones cercanas, llamarla para observar juntos aquellos hechos retrospectivos. No se podrían admitir negaciones ante el irrecusable testimonio... si gozaran los espíritus con la contemplación de algunos hechos íntimos?

LUMEN. — En el cielo, mi terrenal amigo, se tienen en poco esos recuerdos de orden material y me extraña que os fijéis en estas cosas. El carácter que debe llamaros más particularmente la atención en el conjunto de los hechos que constituyen estos dos coloquios, es que en virtud de las leyes de la luz, podemos ver los hechos después que han tenido lugar y cuando se han desvanecido en realidad.

QUÆRENS. — Os aseguro, maestro, que esta verdad no se borrará jamás de mi memoria. Precisamente es este el punto que más me ha admirado. Olvidad mi digresión anterior. Si os he de hablar con franqueza, lo que más asombro me causó desde vuestra primera conversación fué el pensar que la duración del viaje del espíritu es

no solo nulo, negativo, sino también *retrogrado!* « ¡Tiempo retrógrado! » Estas dos palabras deben admirarse al verse juntas. ¿Cómo creerlo? ¿Es decir se sale de una estrella hoy para llegar ayer? Que digo, ayer? ¡Se llega *hace* setenta y dos años! Se llega cien años *hace!* Cuanto más lejos se vaya se llega ántes. Sería preciso modificar por completo la gramática.

LUMEN. — Es incontestable. Hablando en estilo terrestre, no hay error alguno al usar este lenguaje, puesto que la Tierra no se halla más que en 1793, etc., para el mundo á que hemos llegado. Por lo demás, en nuestro glóbulo mismo tenéis ciertas paradojas aparentes que próximamente os dan una idea de esta. Por ejemplo, la del telégrama que expedido en París á las doce, llega á Brest á las doce menos veinte minutos.

Pero no son las aplicaciones particulares ó los aspectos curiosos lo que debéis conservar en la imaginación, sino la *revelación* de la cual no son más que la forma, y la metafísica de las que son la expresión sensible. Sabed que el tiempo no es una realidad absoluta, sino solo una medida transitoria causada por los movimientos de la Tierra en el sistema solar. Considerado con los ojos del



alma y no con los del cuerpo, este cuadro no ficticio, sino real, de la vida humana, tal y como fué, sin disimulo ni ocultacion posible, toca por una parte en el campo de la teología porque explica físicamente un misterio que no habia sido explicado aun « el juicio particular, » y por nosotros mismos, de cada uno de nosotros despues de la muerte. Considerando la cuestion en conjunto, el presente de un mundo no es ya una actualidad momentánea que desaparece en el mismo instante que se manifiesta, no es ya un aspecto sin consistencia, una puerta por la cual el pasado se precipita incesantemente hácia el porvenir, un plan matemático en el espacio ; es, por el contrario una realidad efectiva que se aleja de este mundo con la velocidad de la luz y que internándose eternamente en el infinito, permanece así como *un presente eterno*.

Tal es la realidad metafísica de este vasto problema, que se puede concebir ahora la omnipresencia del mundo en toda su duracion. Los acontecimientos se disipan para el lugar que los vió nacer, pero permanecen en el espacio. Esta proyeccion sucesiva y sin fin de todos los hechos consumados en cada uno de los mundos, se efectua en el seno del *Ser infinito*, cuya ubicuidad

mantiene de este modo cada cosa en una permanencia eterna.

Los acontecimientos que han tenido lugar en la superficie de la Tierra, desde su origen, estan visibles en el espacio á distancias, tanto mas lejanas cuanto mas reconditas son. Toda la historia de la Tierra y la vida de cada uno de sus habitantes podrian por consiguiente verse á un tiempo por una mirada que abarcara todo este espacio. Comprendemos de este modo ópticamente como Dios, presente en todas partes, vé todo el pasado en un mismo momento.

Lo que es verdad en nuestra Tierra es verdad en todos los mundos del espacio. Así es que la historia entera de todos los universos puede estar presente á la vez en la universal ubicuidad del Creador.

Puedo añadir que Dios conoce todo el pasado, no solamente por esta mirada directa, sino tambien por el conocimiento de cada cosa presente. Si un naturalista como Cuvier ha sabido reconstruir especies animales que habian desaparecido con solo tener á la vista un fragmento de huevo, el Autor de la naturaleza conoce por la Tierra actual la Tierra pasada, el sistema planetario y el sol del pasado, y todas las condiciones de tempe-



ratura, de agregaciones y formaciones por las cuales los elementos han llegado á formar los compuestos que existen en la actualidad.

Por otra parte, el porvenir puede estar tan completamente presente para Dios en sus gérmenes actuales como el pasado lo está en sus frutos. Cada acontecimiento está ligado de una manera indisoluble con el pasado y el porvenir. El porvenir será también consecuencia forzosa del presente, deducción tan lógica y rigurosa del mismo y existe en él tan exactamente como lo está también el pasado para quien pudiera reconocerlo.

Pero, lo repito, el punto capital de esta narración, es el saber, el comprender, que la vida pasada de los mundos y de los seres está siempre visible en el espacio, gracias á la trasmisión sucesiva de la luz al través de las vastas regiones del infinito.

## NARRACION CUARTA